

Sr. Rivera Otero ✓
59



Conferencia pronunciada por la señorita Ana M. O'Neill, en la Universidad de Puerto Rico, el 15 de noviembre de 1940, auspiciada por el Capítulo Hostos de los Futuros Maestros de América, - organización intergrada por estudiantes del Departamento Normal de esta Institución.

La Srta. Carmen Gómez Tejera me pide unas palabras para ustedes en este día de la Semana Americana dedicado a la afirmación de los derechos del hombre en las democracias.

Estoy agobiada de quehaceres, pero me dice ella que esta invitación es para hablarles a los maestros del futuro, y una invitación para hablarles a los maestros del futuro es cosa a que no puedo negarme, aunque mi mesa, cargada de labor comenzada y apremiante, me grita que no acepte.

Es que los maestros del futuro me interesan en extremo porque a diferencia de nosotros, maestros del presente, les toca a ustedes laborar en una dimensión distinta a aquella en que nosotros hemos venido rindiendo nuestro menester. Les toca a ustedes laborar en la tercera dimensión del hombre.

¿Qué es eso de la dimensión tercera? me dirán ustedes. Veamos. Hay tres dimensiones en la experiencia del hombre: la dimensión del placer, o sea todo aquello que agrada a nuestra sensibilidad; la dimensión del dolor, o sea todo aquello que nos produce desagrado. Y luego queda la dimensión tercera de la experiencia del hombre: la dimensión de los valores. Es de ahí para arriba, de placeres y dolores para arriba, que se es hombre. Es de ahí ~~para~~ para arriba que se es digno por ser hombre. Es de ahí para arriba que se es digno de una democracia. En realidad es esa tercera dimensión de la experiencia del hombre lo que distingue al hombre del animal. Aristóteles que entendía mucho de estas cosas se inventó un "test" para distinguir a los hombres de los animales y las plantas. Empezó por enseñarnos a distinguirlos de las plantas de esta manera: Si un hombre se nutre, crece y se reproduce, el plano de su vida es



vegetativo. Ese hombre es un matojo con ojos en vez de hojas. Y como nosotros hemos observado algunos matojos en forma de hombres que se nutren, crecen y se reproducen sin trabajar siquiera, podemos sin ayuda de Aristóteles, catalogarlos como plantas parasitarias. Recuerdo siempre un discípulo a quien el tiempo no le alcanzaba para venir a la escuela casi nunca. Un día me puse a inquirir cómo llevaba la contabilidad de su tiempo y me dijo que es que necesitaba 16 horas para dormir. Se me escapó un "Ah! es que usted es vegetal."

Distinguir los hombres de los vegetales no es difícil. Pero no es tan fácil distinguirlos de los animales pues hay muchos animales que caminan por ahí con piel de hombre. Por eso para diferenciarlos necesitamos aplicarles el "test" de Aristóteles. Decía él, siguiendo su escala ascendente de yerba a hombre, que si un hombre además de nutrirse, crecer y reproducirse, como lo hace una planta cualquiera, establece dos polos de orientación para su conducta: el placer y el dolor, entonces está viviendo en plano de animal.

Ustedes han estudiado la experimentación de Thorndike con los ratones en el laberinto de avenidas que él les combina con el queso y con las descargas eléctricas. Recordarán lo vertiginosamente que aprenden los ratones el camino del queso, y lo rápidamente también que aprenden a no tomar el camino de la descarga eléctrica. Los dos polos en la vida del ratón son el placer y el dolor. Y cuando el hombre se orienta en la "fiambrrera" como los ratones de Thorndike se orientan en el queso, el hombre vive vida de ratón. Nuestra educación por desarrollarse en un plano cuyos dos polos son el placer y el dolor, ha tendido a producir hombres ratones. Quisiera que no me interpretasen mal en esto. Pero los maestros del presente hemos tenido nuestra brega entre los dos polos de la llamada motivación: el placer y el dolor.

No se ha apelado a la tercera dimensión del hombre. Los maestros del presente hemos desempeñado nuestra tarea de educadores bajo el imperio de esta



ley psicológica: Todo acto cuyos resultados son placenteros se repite. Y esta otra ley psicológica: Todo acto cuyos resultados son desagradables no se repite. Se ha esperado del maestro de hoy que se convierta en el Flautista de Hámelin. ¡Motivación! ¡Motivación! ¡Motivación! ¡Flauta mágica que arrastre a los alumnos! ¡Hacia dónde? ¡Hacia dónde hemos estado arrastrando la ratonería de los instintos? Vamos a detenernos a mirar uno solo de esos instintos o "motivos", como dicen los que saben de estas cosas. Vamos a mirar un ratito la pugnacidad. La pugnacidad es una de las tres reacciones primigenias de que nos habla Watson el psicólogo. Las otras ustedes saben que son el miedo y el amor. Watson nos enseñó que la pugnacidad, esto es la ira, es innata, pero la ira contra tal o cual cosa es adquirida. Esa ira bien dirigida se eleva al plano en que ya no se lucha contra el hombre: se lucha contra el mal.

Quando el instinto de pugnacidad crece se vuelve apostolado. Pero nosotros, flautistas de Hámelin, no llevamos la pugnacidad al plano del apostolado. Y como no la guiamos, la pugnacidad se quedó chiquitita. Chiquitita y ladrona. La pugnacidad le robó sus inventos al laboratorio científico, y los usó para la destrucción del hombre por el hombre. En la Guerra Mundial número 1 un solo día costó esto: Costó lo que ganarían 2,150 obreros trabajando a razón de \$2,500 al año durante 40 largos años. Y eso es nada comparado con lo que costará un solo día de la Guerra Mundial número 2.

Tuvimos en la mano el haberles enseñado a nuestros discípulos la santa ira de Jesús, la ira contra la profanación de aquellos valores que representan la dignidad del hombre, pero no hicimos eso.

Watson nos enseñó también que el miedo es innato, pero que el miedo a es adquirido, condicionado. Por tanto pudimos haberles enseñado a nuestros discípulos el miedo de Sócrates. El miedo de Sócrates fue el miedo a cometer un acto injusto. ¡Sagrado miedo! Pero hemos sido flautistas de Hámelin, sin sentido de dirección, esto es, sin filosofía.




Memos estado atentos solamente a ser buenos flautistas. Puesto en otras palabras, toda la preocupación de la educación moderna ha sido por el método. Pillar la atención del educando y mantenerla pillada como el papel de mosca pilla y retiene prisioneras a las moscas, ésa ha sido nuestra gran preocupación. Cautivar la atención como el flautista de Hámelin cautivó los ratones. Ese ha sido el empeño.

Yo he oído a autoridades en el campo educativo en Puerto Rico afirmar con orgullo que en tanto que en las escuelas del pasado el maestro era "the whole show", esto es, el espectáculo completo; en nuestras escuelas modernas el alumno es "the whole show". Pero yo no puedo ver cómo en el cuento del Flautista de Hámelin fueran los ratones the whole show. Yo creo que era el flautista.

No estoy abogando por hacer la educación difícil. El maestro que no pueda aprender a enseñar con la maestría y la gracia con que el artista se para ante su público, ese maestro no debe continuar siéndolo. Pero debe entender el estudiante que él es tan importante estímulo para su maestro como lo es el maestro para él.

Nuestros alumnos llegaron a entender, y con razón, que su maestro tenía el deber de entretenerlos, y que si el maestro les fallaba, tenían ellos el derecho, y aún más el deber para con ellos mismos, de proporcionarse distracción más adecuada. Una maestra de crítica le decía el otro día a una practicante: "Mire a ver si puede persuadir a Fulanito a que atienda a la clase," en vez de decirle, mire a ver si puede persuadir a Fulanito de que su deber es atender a la clase. Se entiende que hablar de deberes es negarle al niño su derecho inalienable a ser educado como niño. Es cierto que el niño tiene un derecho inalienable a ser educado como niño. Pero no es menos cierto que tiene también el derecho inalienable a ser educado para hombre. No es por accidente que el niño se convierte en hombre. Ni es tampoco porque le suceda una catástrofe. Es precisamente si le acontece la catástrofe, que el niño no llega a convertirse en hombre.



La bancarrota de la educación moderna, la bancarrota de la educación en un plano de dos dimensiones solamente - placer, dolor - nos ha dado hombres de dos dimensiones y no más. Y esos hombres que son sólo superficie no sirven para la democracia. Voy a presentarles el caso de un titán intelectual, producto de nuestra educación de dos dimensiones solamente. Es William James Sidis, hijo de Boris Sidis, psicólogo de la Universidad de Harvard. A los tres años William James Sidis se entretenía con su cubo de bloques, no haciendo como hacen los muchachos de su edad castillos con los bloques, sino escribiendo a los tres años palabras como psi-co-te-ra-pia y pa-ra-le-le-pí-pe-do. A los siete años entró a la escuela y a los seis meses de estar en ella había arrasado ya con los ocho grados. A los ocho años ya sabía cosas que yo no sé: Sabía latín, griego y alemán, además de francés e italiano. A los once años entró a la Universidad de Harvard. Y por ahí entre los doce y los trece años dió una conferencia sobre nada menos que la dimensión cuarta de los cuerpos, y ante no menos docto un auditorio que el Club de Matemáticas de Harvard. Los maestros de matemáticas de Harvard se quedaron estupefactos ante aquel muchachito de doce años que penetraba solo en tan desierta región como la dimensión cuarta, cosa que debo confesarles que no sé yo ni siquiera lo que es. Lo que sí sé es que el muchachito tuvo que acuñar términos para poder nombrar las cosas que veía él en ese plano. Para nombrar las cosas patentes sólo para él allí, el idioma de Shakespeare no tenía términos. Tuvo que acuñar vocablos como éste: sex-ta-co-sia-he-dra-gon. Los viejos catedráticos de Harvard habían vivido sus vidas enredadas en números sin haber nunca tenido que decir sex-ta-co-sia-he-dra-gon. Por eso se quedaron boquiabiertos al ver aquel muchachito que entraba en aquella región deshabitada bautizando con raros nombres raras cosas inaccesibles.

Y ahora sorpréndanse. A los 25 años este titán del intelecto se ocupaba en tirar de una máquina de sumar. Preguntado por qué había elegido semejante ocupación, contestó que porque lo hacía olvidar. ¿Qué es lo que tenía que ol-



vidar el abizcochado William James?

Tendría tal vez que olvidar el gran vacío que queda en un hombre cuando no cumple su misión de hombre, Y la mayor tragedia de nuestra época no es que tengamos tantos millones de hombres desempleados, sino el hecho de que la mayor parte de cada hombre está desempleada en nuestra civilización. William James Sidis es un buen ejemplo de esa desocupación. Técnicamente estaba empleado William James Sidis, pero la mayor parte y la mejor parte de él estaba sin empleo. La parte que en realidad lo hace hombre quedó sin emplear. Las inteligencias como las de William James Sidis no son para sumar en máquina. Son para ayudar al hombre en la tarea titánica de asimilar la máquina. Nuestra civilización no ha asimilado la máquina. La máquina está agregada, sumada a nuestra civilización. Por eso es que la máquina en vez de liberar al hombre lo ha esclavizado desplazándolo.

Esta falta de asimilación se debe a que la educación moderna no ha llevado la pugnacidad al plano de sublimación en que lucha, no contra el hombre, sino contra las condiciones que hacen esclavo al hombre. No se ha llevado la pugnacidad al plano en que se lucha por la justicia social. Nada ha hecho la escuela para conseguir esa justicia social. Por el contrario la escuela ha sido una especie de Dalila que le ha quitado los arrestos a los titanes del intelecto como William James Sidis. Les ha cortado los naturales vuelos porque les ha enseñado una cosa muy rara: Les ha enseñado que hay dos clases de honradez. Una honradez de laboratorio, la honradez intelectual. Y les ha enseñado falsamente que para fuera del laboratorio sirve otra clase de honradez, una clase de honradez que consiste en no quitarles a las personas las cosas que ya tienen, pero que no se preocupa por saber qué deben tener esas personas.

Pero honradez no hay nada más que una. Cuando la honradez se encara con términos lingüísticos como factores de un problema, la honradez se convierte en



lógica. Cuando la honradez se enfrenta con números escuetos como factores de un problema, entonces la honradez se vuelve matemáticas. Y cuando la honradez trabaja con las hambres de los hombres, las mujeres y los niños, como factores de un problema, la honradez se vuelve justicia social.

Porque nuestra escuela no ha enseñado que no hay nada más que una clase de honradez tenemos una chocante diferencia entre el adelanto de las ciencias de laboratorio y el atraso de nuestras ciencias sociales.

Alguien ha calculado esta diferencia en 10,000 años. ¡10,000 años de diferencia entre las invenciones que tenemos a disposición nuestra y las ciencias que nos enseñarían a usar bien esos inventos! Y el cómputo de 10,000 años nos parece que se queda corto, cuando consideramos que para la percepción del mundo físico la visión del hombre ha mejorado con el nuevo microscopio electrónico en 10,000,000%: en tanto para la percepción del mundo de las relaciones, su visión sigue igual. Todavía vemos la paja en el ojo ajeno como viga. Tal vez ya la veamos como rascacielos.

Y a fin de poder habitar un mismo mundo personas con la capacidad de convertir pajas en rascacielos, ha venido un diluvio de leyes. En Estados Unidos por ejemplo, ya hay dos millones de leyes. Cuando la escuela fracasa en establecer y enseñar una ciencia de relaciones, tiene que venir el policía tras el legislador a obligar a esos hombres de dos dimensiones solamente, a hacer lo que les corresponde hacer por evitarse el dolor de una multa o de la cárcel.

La escuela no contribuye nada a la ciencia de relaciones con su educación basada en dos dimensiones de la experiencia humana solamente. Ese tipo de educación produce a su vez hombres de dos dimensiones nada más: Hombres que no saben orientar su conducta más que en dos polos: placer y dolor.

Pero yo quiero anunciarles, amigas y amigos aquí reunidos hoy, que esa educación murió. Murió el 15 de junio de 1940. La muerte la sorprendió en



Francia. Si no nos damos cuenta que murió ese día, arrastraremos un cuerpo muerto un tiempo más. Pero los que ya nos dimos cuenta de que allí murió esta educación a base de placer podemos decir como en la ceremonia de la corte inglesa en que se despide al rey muerto y se saluda al nuevo rey. Podemos decir: ¡La educación ha muerto! ¡Que viva la educación!

La educación a que le damos este viva es la educación que trabajará con la tercera dimensión del hombre. Esa dimensión es la que está más allá de la zona de placeres y dolores: más allá de las hambres; y lo que está más allá de placeres y dolores, más allá de las hambres, es el plano de los valores.

No voy a definir lo que es un valor. La definición siempre dice poco. Voy a dar un ejemplo de un valor: la dignidad del hombre. Es en esa dignidad del hombre que tiene sus cimientos la democracia. El hombre no es digno porque siente el hambre de comida, o de bebida o de compañera, pues todo eso lo siente el animal. El hombre es digno porque tiene la capacidad para pararse ante la más feroz de sus hambres y decirle, "No pasarás". "No puedo darte paso." Los alumnos que salen de las clases de psicología, salen generalmente con la idea de que el instinto sexual es omnipotente y que es además omnipresente. Los que crean eso no podrán sentir la dignidad de hombre. Pero Gandhi la siente porque Gandhi abandonó la vida sexual hace cuarenta años para sublimar las energías reproductivas en energías creadoras de una nueva India. He usado la palabra "sublimar", y esta palabra es de la jerga de Freud, pero en nuestra educación de dos dimensiones solamente, el énfasis freudiano no se ha puesto en los mágicos poderes de la sublimación sino en las malas consecuencias de la frustración.

La dignidad del hombre está precisamente en su capacidad para ser imparcial, aún frente a sus hambres. Pero si por fuerza el hombre estuviera sometido a sus pasiones, entonces no podría ser imparcial. Tendría que decidir de acuerdo con sus hambres. Y las hambres de un hombre están en conflicto eterno con las hambres de los demás.



Esas hambres del hombre han sido exaltadas por nuestra educación a un impensado plano de dignidad. Tanto es así que podría decirse que lo que fué en el Cristianismo exaltación del hombre se ha convertido con nosotros en exaltación del hambre. El hombre es digno, sus hambres fisiológicas no lo son. Sin la dignidad del hombre la igualdad es inconcebible. Y la igualdad es otro ejemplo de un valor. Pero la igualdad es un concepto que no puede entenderse sino se traspasa al plano físico; el plano de lo tangible. Físicamente, por ejemplo, un hombre y una mujer son desiguales. Pero cuando se les mira más allá del plano físico, entonces vemos la igualdad de su equipo de instintos, por ejemplo, la igualdad natural de sus inteligencias respectivas, la igualdad natural de sus móviles. Y más hondo que todo eso se ve esta otra cosa: la capacidad para que la razón mande despóticamente sobre todas las hambres.

Cuando digo capacidad para que mande la razón, capacidad para ser imparcial, estoy hablando con pleno convencimiento de que la capacidad se ha quedado en potencialidad, y no se volvió realización. La escuela no ha hecho nada, que yo sepa, para que esa capacidad se vuelva realización.

Por el contrario ha hecho mucho en contra. En las clases de psicología, por ejemplo, se les han interpretado a los muchachos los místicos como tipos de degeneración, como tipos histéricos. De considerar a los místicos como histéricos a considerar a toda persona con ideales como persona con psicosis no hubo nada más que un solo paso. La única persona sin psicosis era aquella capaz de tirar al prójimo contra una esquina. Y se ha dado mucho el caso de que personas que actuaban por motivos nobles, los escondían y presentaban en su lugar motivos egoístas. No por modestia, sino por no parecer idealistas, esto es, psicópatas, enfermos. Todo el que no rigiera su vida por el lema de buscar el mayor placer para él, trajera o no dolor para los otros, ya era persona muy dudosa en cuanto a su sanidad psicológica.



Nuestra escuela, que tanto ha trabajado en la dimensión del placer, podría decirles a ustedes, maestras del futuro, cuál sitio le corresponde al placer en la actividad del hombre.

A nombre del sistema educativo que murió el 15 de junio de 1940, yo voy a decirles ese sitio. El placer es (y para decirlo voy a emplear una frase en inglés), el placer es el "finishing touch" de una acción. Sin ese "finishing touch," toda acción es imperfecta. Si una de ustedes baila sin sentir el placer del ritmo, ejecuta una acción física imperfecta. Si una maestra no siente el goce de que su clase es un experimento colectivo en pensamiento creador, si no goza en la clase, su acción de enseñar es una acción mental imperfecta. Si una persona contribuye para la Casa del Niño, pero no siente gozo en hacerlo, su acción es una acción moral, pero imperfecta. Y cuando un hombre consigue que castiguen al inocente y premien al culpable, y goza en eso, nos encontramos ante una acción inmoral perfecta. Perfecta por el goce.

Los maestros del futuro, los maestros que trabajarán en la tercera dimensión del hombre, sabrán que el hombre no puede orientarse para su conducta en el placer y el dolor - que ha de buscar móviles más hondos si es que quiere que la democracia, única fórmula política que consagra la dignidad del hombre, perdure. La democracia es la organización social en que se consideran supremos los valores. Nosotros perdimos el concepto de la democracia.

Nosotros creímos que la doctrinación en los valores descubiertos por la raza era falsear el espíritu científico. Ha sido un error grande porque la ciencia ha considerado siempre los valores como fundamentales. Sin honradez no hay ciencia. Ni hay ciencia sin fe. Cada hipótesis es un aleteo de la fe, de esa fe en que el que busca encuentra.

Nosotros perdimos el concepto de la democracia. Hicimos repetir a nuestros alumnos como quien repite el Padrenuestro que la democracia es gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Lo que parece querer decir que



la esencia de la democracia es el gobierno. La esencia de la democracia no es gobierno. Tampoco es desgobierno. La gente ha creído que vivir en democracia es vivir sin rey ni roque, hacer lo que les dé la gana.

Vivir en democracia no es vivir sin deberes. Es vivir con deberes auto impuestos. Pero solamente las personas virtuosas se imponen a ellas mismas sus deberes. Las no virtuosas se los sacuden bien de encima. Montesquieu percibió con gran profundidad el concepto recóndito que la democracia entraña cuando dijo que el basamento de la democracia es la virtud.

Ser virtuoso quiere decir vivir con pleno asentimiento bajo el mandato de la razón. Esta es la tercera dimensión en donde las democracias del futuro afirmarán bien sus cimientos. La democracia es un concepto espiritual.

A ustedes, maestros que trabajarán en esa dimensión tercera, les toca rescatar la democracia del concepto numérico y llevarla al plano en que Montesquieu la percibió, único plano en el cual no tiene que temerle a la polilla.

Para rescatarla se impone que la educación cambie su énfasis de cantidad a calidad. El concepto cuantitativo de la educación viene incapacitando a los educandos para la tarea democrática de pensar. No llegan a saber que pensar es un gusto, un gusto más grande que concurrir al hipódromo o asistir al cine, por ejemplo.

Pero este gusto por el deporte de pensar no lo ha cultivado nuestra escuela. Tanto es así que un discípulo acosado por su maestro para que le diera una definición de democracia, le respondió molesto estas palabras: "Mire, míster, yo prefiero morir por la democracia antes que definírsela."

La democracia puede defenderse con la vida y con las armas de los ataques de afuera. Pero del desmoronamiento interno no la defiende nada más que el laboreo constante en la tercera dimensión del hombre: en la dimensión de los valores. La carne y el metal pueden resultar tan inútiles para defender la democracia como lo fué la línea Maginot.

Hace algún tiempo leí en el "Reader's Digest" unas palabras hondas. Decía que la vida tiene cosas que enseñarnos a través de la enfermedad que no sabe enseñarnos a través de la salud. Las guerras son enfermedades cósmicas. Tras el ruidoso escenario cargado de tanques y cañones, la vida nos va a dar una lección, una lección objetiva.

Maestros del futuro, aguzad bien el oído para percibir la voz vital tras el estruendo. Para vosotros, maestros del futuro, está hablando la vida en voz baja.....

Ana María O'Neill

